

# LA PERIJÓRESIS: RELACIÓN AMOROSA EN UNA MISMA NATURALEZA TRINITARIA

Comisión Bíblica-CLAR

*Danza de entrega mutua  
en in-habitación de amor y  
vida compartida.  
Forma suprema de comunicación,  
de camino de una persona  
hacia la otra  
y de presencia de cada una en  
la otra<sup>1</sup>.*

La Biblia nos presenta la Trinidad como una comunidad donde comparten melodiosamente los tres personas vínculos vitales relacionales con todo lo creado. Sin embargo, durante mucho tiempo, la Trinidad ha sido interpretada con categorías filosóficas. Esto ha complicado su comprensión y posibilidad de acercamiento a su misterio amoroso. Debido a esto y, sin negar lo anterior, nuestra intención es hacer un acercamiento a esta dimensión de la identidad Divina desde “los vínculos que la caracterizan a manera de danza y ritmo musical”, maneras simbólicas que acomunan la vida y la espiritualidad de los distintos pueblos y culturas, y desde donde podemos sentirnos trinitarias/os al unísono.

---

<sup>1</sup> Algunos de los textos de este escrito, como el señalado, han sido tomados literalmente: Xabier Pikaza, *Trinidad, camino y danza de Dios. La perijóresis*, en: <http://blogs.periodistadigital.com/xpikaza.php/2016/05/22/p384779#more384779>

## 1. Desde la tradición bíblica y patrística

El concepto perijóresis (recirculación) procede del griego *joros* y *joreo*. Está, por tanto, vinculado al sentido del movimiento, del camino, la danza, la recapitulación. Es camino de vida que se abre al futuro y danza circular (encuentro de amor entre personas). En su aspecto teológico se aplica al indivisible vínculo existente entre las tres personas de la Trinidad. En otras palabras, busca expresar que el Padre “es” en el Hijo, de la misma manera que el Hijo “es” en el Padre, “siendo” el Espíritu, la *Ruah Divina*, en ambos, y en cada uno sucesiva y armónicamente.

La Trinidad no es como algo fuera de nosotras/os, sino como la verdad de nuestra vida, pues en ella somos, nos movemos y existimos. La Trinidad no es sólo diálogo o comunicación verbal, sino comunión y comunicación vital. Cada “persona” existe en la medida en que camina, avanza hacia la otra y danza con ella, ocupando su lugar y habitando en ella.

La Trinidad puede entenderse como una danza divina de tres personas que se aman unas a otras y se acogen de forma tan

plena que cada una se vuelve “una” con las otras.

Abriendo la Sagrada Escritura nos encontramos con esta relación entre las personas, aunque no se le identifique como Trinidad directamente: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gn 1, 26). La forma plural del verbo “hagamos” muestra la coherencia y armonía trinitaria en el pensamiento, planteamiento, integración, voluntad, propósitos y acciones. Es en el Evangelio de Juan donde contamos con mayores recursos para ahondar más en nuestra reflexión.

“En el principio existía la Palabra, la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios” (Jn 1, 1). Juan nos indica que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino que ejecuta lo que ve hacer al Padre (Jn 5, 19). El Hijo es el rostro del Padre. Quien lo ve, ha visto al Padre. Quien lo oye, es al Padre a quien oye. Porque es fidelísimo reflejo de su contenido y figura (Jn 14, 10-11).

Entonces, sin dejar de ser Hijo, el Hijo está en el Padre, quien no deja de serlo en su propio abajamiento. El Espíritu, la *Ruah Divina*, a su vez, arropa y está en

ambos, como lazo de amor integrador, armonizador, compacto. Se sumergen, pero sin invadir la identidad de cada cual. En esa íntima hondura comparten la misión. Conforme a la Primera Carta a los Corintios 12, el Espíritu, la *Ruah Divina*, es responsable de ofrecer, dar, cultivar, potencializar los diversos carismas. El Hijo, a su vez, tiene la tarea de establecer, administrar, enviar, puntualizar los ministerios. El Padre es quien posee la autoridad para hacer acontecer, obrar, operar, garantizar la vida (1Cor 12, 4.7). Jesús mismo lo confirma al asegurar: “El Padre, que permanece en mí, es el que realiza las obras” (Jn 14, 10). Es significativo las veces en que Jesús insiste a sus seguidoras y seguidores que crean lo que él afirma con tanta propiedad.

## 2. La solidaridad trinitaria: participantes en su ser relacional

Por otra parte, la realidad de la relación de Dios Trino en los Evangelios, no nos permite olvidar la solidaridad trinitaria con la gente empobrecida del mundo. La vida, muerte y resurrección de Jesús lo atestiguan completamente. El misterio de la Encarnación nos enseña que no se puede en-

tender el “*ser en*” de la perijóresis divina sin darse cuenta de Su “*ser con*” la historia humana, con todo lo creado. Sobre todo, la historia de las/os marginadas/os del mundo. Dicho de otra manera, es frágil afirmar algo de la relación de Dios “en sí” sin hacerlo a partir de su relación con nosotras/os. La Encarnación es la *forma* y el *contenido* que Dios ha escogido para decirnos quién es.

En la Encarnación, el Verbo Eterno entra en la historia humana. Esta afirmación profunda sería intraducible si no fuera el “*modus vivendi*” de Jesús entre nosotras/os. En su *kénosis*, Jesús “*quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y, al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!*” (Fil 2, 6ss). Este “abajamiento” de Jesús nos permite encontrar el fundamento de la solidaridad trinitaria. El Dios, a quien Jesús llama Padre y el *Espíritu-Ruah Divina* quien lo ha conducido toda su vida, participan con Él de su experiencia humana, desde abajo.

Pero, ¿por qué tomar la experiencia de la *kénosis* para hablar de la solidaridad trinitaria? Por dos motivos: coherencia con la Revelación de Dios y con la realidad del mundo. En la *kénosis*, Dios unifica, en Cristo, la creación -de la cual es primogénito (Cl 1, 15)- y la redención, en la cual Dios será todo en todas/os (1 Cor 15, 28). Por eso, creer y profesar la fe en el Dios Trinidad es hacerlo consciente de que toda la realidad humana ha sido redimida por Dios Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, la *Ruah Divina* que recrea la vida. Redimida desde abajo, una vez que el Hijo asume la “naturaleza de siervo” (Fl 2, 7).

Como cristianas/os, aprendemos con Jesús que la fe exige una praxis comprometida con las causas de la gente empobrecida y que este compromiso es amor, comunión trinitaria. El mismo Jesús -que ha pasado por el mundo haciendo el bien (Hch 10, 38)- reconoce estar ungido por el Espíritu para anunciar buenas nuevas a quienes padecen diversas formas de opresión y marginación (Lc 4, 18). Jesús nos ayuda a entender las bienaventuranzas que nacen de la pobreza y del sufrimiento (cf. Mt 5). La vida de Jesús, como

el Enviado del Padre, por la fuerza y la unción de la *Ruah Divina*, sostienen nuestra lucha por un mundo de justicia y paz. A la vez, la praxis por la justicia y la paz, sostiene las afirmaciones de fe sobre la vida trinitaria.

Ahora bien, la creciente pobreza e injusticia que presenciamos hoy en el mundo, exige que “elevemos el tono”. Economías cada vez más florecientes contrastan con una escandalosa masa de gente empobrecida. Las riquezas se acumulan en el tope de la pirámide, para un grupo cada vez más poderoso, centrado apenas en seguir ampliando sus lucros. Mientras tanto, el planeta y la sustentabilidad de millones de personas están gravemente comprometidos. El amor, la comunión y la solidaridad de la relación trinitaria contrastan enormemente con el grito sofocado de quienes “viven” en la opresión y en la exclusión habitando un planeta crecientemente devastado. Se imponen preguntas como: ¿por qué toleramos tanta desigualdad? ¿Por qué permitimos que eso pase? ¿Qué alternativas se nos presentan a partir de la relación trinitaria para la construcción de una nueva sociedad?

Convencidas/os, como Jesús, de que el Padre y el Espíritu, la *Ruah Divina* que recrea la vida, participan con él de su pasión, seguimos reafirmando nuestra fe en el Dios Trinidad de amor. Participando de su misterio, gracias a la *kénosis* del Verbo, vamos construyendo relaciones que sanan el mundo y a la humanidad. Relaciones de solidaridad, de cuidado mutuo y amor que brotan de la relación trinitaria y que a ella regresan.

### 3. Algunos aspectos de la relación en la comunidad trinitaria

La comunidad trinitaria tiene una particularidad, expresa su relación como una danza divina que mantiene la identidad de cada una de las personas, pero relaciona a cada una de ellas con las otras, en línea de amor (de habitación), que se expresa por una reciprocidad e interpenetración mutua, de carácter total, de cada una con las otras.

Esta forma de relación trinitaria, la perijóresis, es una forma de entender la invitación que Dios nos dirige en Jesús, por el Espíritu Santo, la *Ruah Divina*, para que mujeres y hombres nos sumemos a la danza de su amor

más íntimo y más universal, caminando unas/os a otras/os (en otras/os) en amor, de manera que nos demos cuenta de la interconexión fundamental que nos vincula y enriquece. Dios es un camino (un baile incesante) en el que cada persona se dirige sin cesar a la otra en donación completa. Así ha de suceder, también en los seres humanos: sólo existimos caminando unas/os hacia las/os otras/os. Es más fácil escalar la montaña más alta que conocer de verdad a una hermana o hermano, llegando en respeto y amor al interior de su persona y dejando que el/ella pueda caminar a mi interior. Y no sólo es caminar hacia la otra persona sino quedarse en ella. Esto es lo que sucede en la relación trinitaria. Cada persona no sólo camina hacia otra, sino que habita en ella.

Así decimos que existe en sí, (tiene sentido, se realiza) en la medida en que existe fuera de sí, dando el ser a la otra, recibiendo el ser de ella.

#### 3.1 La humanidad en la Trinidad: desde el don a María

La Trinidad habitó en la humanidad, dándole un lugar a la Virgen María, de donde nadie pu-

diera atreverse a “quitarla”. Se trata del proceso donde se gestó la encarnación y la salvación del mundo. Allí, el mensajero del Señor le explica cómo las Tres Divinas Personas la inhabitarán de forma extraordinaria, en lo cotidiano de su vida sencilla y pobre: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y le llamarán Hijo de Dios” (Lc 1, 35).

En María constatamos hecha realidad la propuesta jesuánica: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará; y vendremos a Él y haremos morada en Él” (Jn 14,23). En Ella hicieron morada. En Ella una de las Tres personas, se hizo carne, expresión extraordinaria de la magnitud del amor perfecto de la Trinidad para toda la creación, como respuesta al amor de María.

Con María se nos abre la dicha de introducirnos en esa propuesta de comunión perfecta, para que toda la creación sea una “Como tú, Padre, en mí y yo en ti”. Este vínculo santo es la única garantía para que el mundo crea (Jn 17, 21-23).

La Trinidad ha abierto su casa para que entremos en ella, y de-

sea, al mismo tiempo, que abramos nuestra casa interior para habitarla: “Estoy a la puerta y voy a llamar; y, si alguna/o oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos en in-habitación mutua” (Cf. Ap 3, 20-22).

### 3.2 Invitadas/os al gran baile de la vida al ritmo de sus notas musicales

La Trinidad ofrece un modelo de comunión para salir aprisa a invitar a otras/os a participar en el gran baile de la vida.

Al mismo tiempo, no se puede olvidar otra metáfora trinitaria que le ocurrió a San Ignacio de Loyola mientras, sentado en las escaleras de un monasterio, contemplaba el cielo vasco. Súbitamente, le llegó, nítida y sonora, la comprensión de la Trinidad como un acorde de tres notas, cada cual sonando individual y distintamente pero juntos constituían algo indisoluble, integral y sumamente bello. Se llenó de una alegría desbordante, que lo hizo barbullar, emborrachando con la dulzura del momento, a quienes tropezaba.

Ahora, si unimos las dos metáforas en la Trinidad -el baile y

el acorde, es decir, la música- de pronto nos colocamos un poquito más cerca de la misteriosa realidad. Ciertamente, se puede visualizar la Trinidad como la danza de tres personas, moviéndose en círculos elegantes e íntimos. Es una visión cargada de hermosura. Pero a un baile sin música (o una película sin banda sonora) le falta algo esencial. En este caso, se debe preguntar ¿qué es lo que les impulsa a las personas?, ¿qué les sincroniza los pasos y gestos?, ¿qué les saca las ganas de girar, doblarse, y abrazarse?, uniendo sus seres en un movimiento común. Naturalmente, la música.

Evidentemente, la música hace parte indispensable del baile, tanto que cuesta a la imaginación jugar con éste y sin aquella. En efecto, tan integrada esta la música en la danza que no es falso decir que las dos son una sola. Por supuesto, tienen naturalezas completamente distintas; una es ondas de sonido, la otra es partículas juntadas en objetos móviles. No obstante, unidas las dos, crean una realidad en movimiento y conmovedora a la vez, en la medida que, la emoción de la música influye fuertemente en el ritmo y sabor de la danza. Por su parte, los cuerpos, su expresi-

ón, destreza y fluidez, impactan la música. Una noche en Valladolid, España, presencié a una pareja totalmente entregada a la pasión del flamenco. Un guitarrista, tocando solo, completó el trío. Sobrecogido por la belleza compartida entre los tres, no pude discernir de quién salió la música, ni a quiénes se debía la danza. Los dedos en la guitarra y los pies en el piso formaron un solo suceso, autoanimado, autoconfirmando, autosostenido.

Así, posiblemente, se ve y escucha simultáneamente la Trinidad: una confluencia de naturalezas bien diferentes pero distinguibles, y a la vez inseparables. Además, aquella comunidad musical, encarnada en una noche al lado de la catedral de Valladolid, embarcaba a los espectadores oyentes, como testigos transportados, cuyo aprecio también empujó la belleza aconteciendo. Es decir, los tres, aun siendo completos en su propio intercambio de inspiraciones, al mismo tiempo estuvieron generando una respuesta alentadora y, al percibir el aplauso y ánimo de la audiencia, les dio aún más ganas de tocar y bailar. Muchos contribuyeron al ritmo batiendo palmas. De una manera cuasi mística, los tres en su arte recogieron

a los demás y los trajeron dentro de la música bailada.

Del mismo modo, la Trinidad nos involucra en su obra creativa, generativa, comunitaria. En las palabras del Papa Francisco: “Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente” (Papa Francisco, *Laudato Si*, n. 240). Al encontrarnos totalmente entrelazados, nos damos cuenta de que el mero hecho de asistir a y maravillarse del baile musical de la Trinidad, nos hace partícipes de ella, encargados a responder conforme a esta participación, cuidando las relaciones entre todos los seres. Por ende, bailar resulta también tocar, aplaudir, imitar los pasos hasta que aprendamos nosotras/os mismas/os la danza, en la cual nada de lo creado queda fuera de la redención.

Considerando todavía, que el arte es hacer eco-resonancia del amor, de la Palabra y de la *Ruah*

*Divina*, que acarician el acontecer de la vida en los distintos territorios, cabe señalar, que la perijóresis trinitaria es también el encantador *signo y parábola de crear vínculos*, de abrir espacio a la/el otra/o, de relacionarse armónicamente en todas las direcciones y donar vida en pequeñas porciones cotidianas que saben a cielo, expresadas en gestos afectuosos que llevan dentro el eco del corazón y que por lo tanto, dan sentido y significado al hecho que ¡vale la pena vivir y poner la vida en juego, en baile!

Ahora, se podría por un momento, silenciar los pensamientos para dibujar a manera de *flash* la vida que se cuele por los distintas rendijas y rincones de la sociedad, para luego ir mezclando armoniosamente juntas/os la dinámica relacional a la cual estamos llamadas/os.

#### 4. La vida al hilo de un tráiler social-relacional actual

Las personas viven inmersas en una sociedad que ha optado por ir de prisa y, como por inercia, han tomado un transporte directo, con pocas paradas y posibilidades que les permita bajar, contemplar el mundo o reflexionar acerca de

su propia vida y de sus acciones. Están tan lejos de sí mismas/os que pocas veces sienten nostalgia del Dios que las habita. Y no es que no escuchen sus palabras, sus silencios, sus ritmos, sus mensajes o sus manifestaciones, las leen diariamente, el único detalle es que, lo dejan en “visto”, para no desacomodarse con sus interpelaciones. Sin más, se van atareando continuamente a la espera de otros mensajes y otros compromisos que van llenando la vida a punto del colapso. Es así, como han ido poniendo a Dios en las alturas, para no incomodarse e identificarse en la bajura de un Dios comunidad que interpela su vida y sus relaciones.

Las personas ¿podrían seguir escondiéndose dentro de una sociedad hodierna ruidosa, demandante y competitiva, que ensalza modelos de personas independientes que no necesitan de nada, ni de nadie, para resolver sus necesidades o accionar en su vida? En una sociedad *on-line*, de personas con relaciones digitalizadas, híper-estimuladas e interacciones inmediatas, organizadas en grupos de *whatsapp*, siempre localizables y con miles de cosas a las cuales atender en todas las redes sociales. Sin embargo, así,

“el mundo ya no tiene música, ya no rima, ya no es ágil, y se acaba hundiendo en las propias responsabilidades como la piedra que cae en un pozo sin fondo” (Valeria Sabater).

Contrario a la imagen trinitaria, la desconfianza y el miedo mutuo complican cada vez más las relaciones sociales, comunitarias, interpersonales y se termina por relegarlas a la bandeja de “spam” impidiendo de tal forma, la apertura sincera e incondicional a las/os demás. De hecho, se cierran los círculos sociales, reduciéndolos únicamente a comunidad o familia y en otras cuantas ocasiones se acaba ensimismándose. La prevención frente a la alteridad, impulsa a refugiarse en la zona de confort y a enrollarse en una serie de capas protectoras que al mínimo estímulo desafiante, se vuelve a la madriguera.

#### 4.1 Crear vínculos trinitarios de comunión antropocósmica

El *vínculo* es la manera innata de relacionarse, bien sea física o simbólicamente. La persona está impregnada de una historia de amor, hecha a imagen del vínculo trinitario, concebida entre las personas, en sus diferentes manifes-

taciones, por el vínculo afectivo a través del cual se vuelven UNA en su multiplicidad y diversidad. Desde el tiempo de gestación las personas, no obstante sean dos (madre-hija/o), se tornan UNA a través del lazo afectivo-biológico. Al momento de nacer, el círculo de la vida se expande hacia el círculo social, el lugar de pertenencia y el cosmos todo.

En algunas comunidades del pacífico colombiano existe una práctica interesante. Al momento del nacimiento, la madre entierra la placenta y el cordón umbilical debajo de la semilla germinante de algún árbol o palmera escogido por ella y que fue cultivado desde el momento en que supo que estaba embarazada, con este gesto, ellas hermanan la naturaleza a su descendencia. “Cada niña o niño distingue con el nombre de “mi ombligo-árbol” a la palmera que crece nutriéndose del saco vitelino enterrado en sus raíces el día del alumbramiento” (Arocha R. Jaime), esto para indicar que allí, la persona tiene sus raíces y que está ligada a la tierra. El rito continúa cubriendo el ombligo de la niña/o con distintos elementos de la tierra, según la proyección que tienen sus madres-padres o comunidad hacia sus hijas/os.

De esta forma, la vida va abriendo su curso entre rocas y valles, entre esto y aquello, entre lo antiguo y lo nuevo, se la va aprendiendo a amar y a creer en ella así, tal como se presenta. Distintamente, qué cosa fuera de cada una/o si no fuese hecho a imagen de la Trinidad, de una comunidad de amor y de convivialidad, predispuesta a crear vínculos constantemente con las/os demás, en el respeto de las diferencias. Qué cosa fuera si no se creyera en un cuerpo que florece al contacto y en las conexiones con lo que lo rodea y con el infinito. Qué cosa fuera la humanidad si no estuviera interrelacionada con su madre la tierra, quien se “estructura sistemáticamente en redes de inter-retro-relaciones que garantizan la cooperación y la solidaridad de todas/os con todas/os y otorga sostenibilidad a la vida en todas sus formas” (Leonardo Boff). Qué cosa fuera la Vida Consagrada si no tomara la iniciativa de crear puentes que unen mundos, si no anudara lazos afectivos que desenreden con arte y delicadeza toda dificultad, si no tejiera con cariño y cuidado la trama social a la cual pertenece.

De ahí que, cada persona está llamada a ser semejanza trini-

taria, es decir, a desarrollar la capacidad de crear y cultivar relaciones humanas significativas, que sean de calidad, con propósito, en los distintos escenarios. Crear vínculos vuelve a la persona resiliente, la dota de espíritu de equipo, de gestión emocional, de resolución de conflictos, potencia sus dones y la libera de prejuicios, le da la oportunidad de poder contar con otras/os y vivir más ligera. Quienes crean lazos humanos no obstante la adversidad y el sufrimiento, encuentran la fuerza para creer y superar los avatares de la vida, para responder a los cambios y a los desafíos globales que se van presentando.

#### 4.2 Volviéndonos **proximidad amorosa en ritmo trinitario**

Es el amor apasionado por la vida en sí, por las creaturas y la entera creación, lo que permite seguir construyendo sueños, ilusiones y esperanza. Amar hace a las personas más libres y menos inseguras. Amar pone en actitud de salida sin claridades, ni certezas, y ayuda a resurgir de las hábitos, de lo mismo, de lo propio, de lo seguro, para dar al caminar un ritmo sanador de proximidad. El amor no se da por sentido, se hace parábola cuando se

siembra, se acompaña a nacer y se cultiva diariamente con cuidado y compromiso constante para ser regenerado, recreado y mejorado en los años. El amor requiere de sí tiempo y energía, para ir con gestos y acciones concretas al encuentro de las necesidades y deseos de las/os demás, bien sea desde la propia precariedad o desde las distintas posibilidades.

Amar a las demás personas como a sí mismas/os y tratar a las/los demás como se quiere ser tratada/o, requiere de una conversión personal sensible a las propias condiciones de vulnerabilidad. “Sé amable, pues cada persona con la que te cruzas está librando su ardua batalla” (Platón). Sin pensar cada movimiento transforma. Comprender esos movimientos interiores es difícil y comunicar todo aquello que se vive o se siente, mucho más. Saber hacer pausas, permite entrar en contacto y escucha de sí mismas/os, para cuidarse, renovarse e identificar aquello que pide atención.

Solo en la medida que se toma conciencia de la propia tierra-semilla-vida, puede hacer que produzca frutos y ser donada. Elegir ser prioritarias/os y rega-

larse tiempo suficiente para recomendar los propios espacios rotos y/o encontrar un lugar para sentir refugio, calor, sanación emocional, sin ser extranjeras/os de su propio ser, ayudará a salir al encuentro multiversal de las personas que te rodean, a construir comunidades que representen los tratos mutuos, para que sean lugares de encuentro entre “tú” y “yo” -nosotras/os- donde se expanda el buen vivir. Pues, es así, como la Trinidad se abre paso y se hace historia en medio de tantas historias y en el tiempo que se va caminando y danzando juntas/os, a un solo latido.

Abrir el corazón y el ser para amar y dejarse amar, confirma que se ha venido a vivir plenamente, con la posibilidad de que todas/os tengan vida en abundancia (Jn 10, 10). Los vínculos de amor y de amistad con los semejantes impulsan a escribir nuevos relatos y a esculpir vidas con identidad Trinitaria: “en esto todos conocerán que ustedes son mis discípulos, si tienen amor entre sí” (Jn 13, 35). Es vital entonces, hablar desde el corazón, implicándose en relaciones empáticas y sinérgicas, respetuosas y creativas, que tengan un lenguaje validante. Buscar el tiempo que haga falta para tejer

una compleja red de interrelaciones innovativa, regenerante, alegre, que involucre amigas/os, distintos actores, instituciones, la creación entera. ¡Afectarse recíprocamente en bien!

### Y... una invitación metafórica

Si la imagen plástica de *crear vínculos y danzar al ritmo de notas musicales* nos identifica, entrelaza y sincroniza como una forma de expresión y de interacción social a todas las culturas, en todos los rincones del mundo, y sabiendo que en América Latina y el Caribe se lleva el ritmo en la sangre, pues, ¿quién no ha bailado?, y si hay alguien que no lo haya hecho, sabe muy bien de ritmos y movimientos.

Entonces, la invitación metafórica es a hacer lo que sabemos hacer. A entrar e invitar a los demás a la fiesta, al carnaval relacional, o sea, a danzar a ritmos trinitarios, a forjar vínculos indestructibles, a tejer sobre el mismo escenario comunitario e interpersonal, la vida que se despliega desde la experiencia sinestésica hecha liturgia, al compás de la música y de aquello que se requiere para danzar: pasión, predisposición, entrenamiento diario para adqui-

rir flexibilidad, saber acercarse a la otra persona con su consentimiento, armonizar los cuerpos, moverse a varios ritmos, saber alternar el paso, balancearse o conservar el equilibrio, contar y confiar en la otredad, comunicar verbal, corporal y afectivamente,

improvisar cuando sea necesario, abrirse al pensamiento divergente, y diseñar con arte esa intuición coreográfica de la perijóresis en nuestros corazones, para presentarnos como artesanas/os de relaciones humanizantes.